

de efímeros amores,
en rauda confusión, vuelan las horas,
los juegos, las mentiras, los alientos,
los requiebros, las risas y las flores.

(Se aumenta la confusión del baile con una galop infernal.)

Pues aunque vea la virtud negada,
y la gloria vendida,
sin gloria ni virtud, no diera nada
por el mejor destino de la vida.
¡Sí! Buscaré con incesante anhelo
la virtud y la gloria,
dedicando mi vida á la memoria
de mi madre infeliz que está en el cielo.
!Sol de la gloria!...

UN GRUPO DE MÁSCARAS

¡Atrás!

GUSTAVO

¡Por tí me abraso!

¡Oh virtud!...

OTRO GRUPO

¡Paso!

GUSTAVO

He de decirlo...

OTRO GRUPO

¡Paso!

GUSTAVO

Aunque me arrolle la ciudad entera...

OTRO GRUPO

¡Apartarse!

OTRO

¡Apartarse!

OTRO

¡Fuera!

OTRO

¡Fuera!

GUSTAVO

Señores, poco á poco.

UNO

¡Es un loco!

OTRO

¡Es un loco!

GUSTAVO

¡Eso no es cierto!

OTRO

¡Es un loco!

GUSTAVO

¡Mentira!

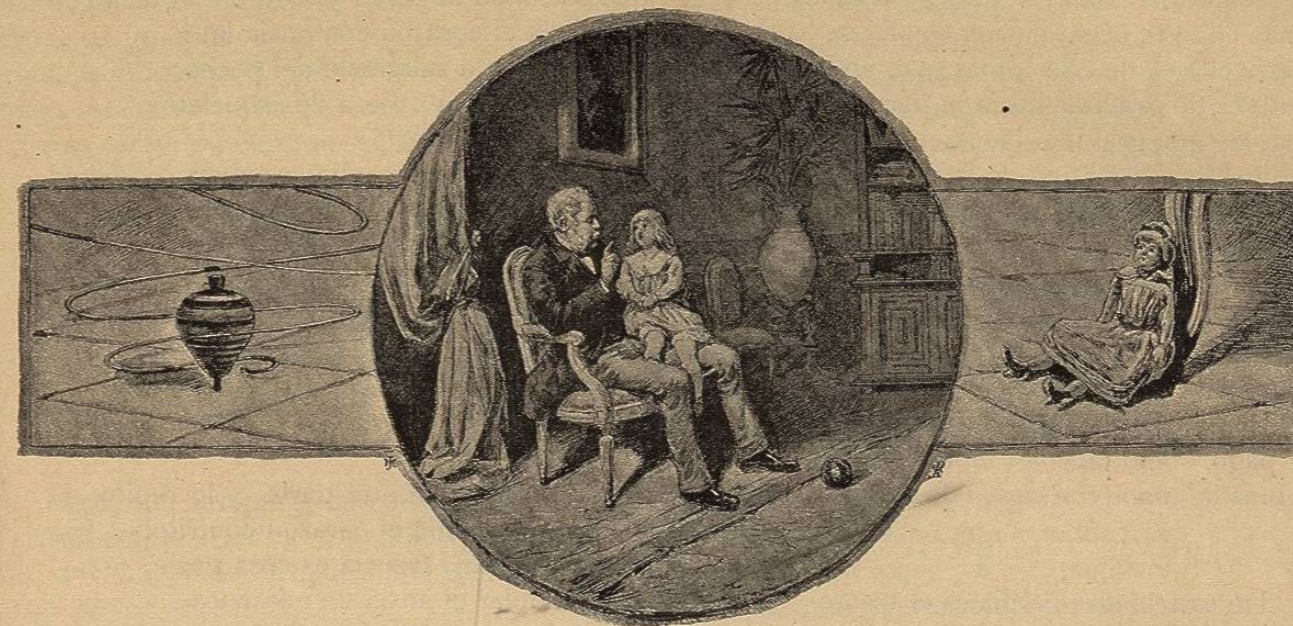
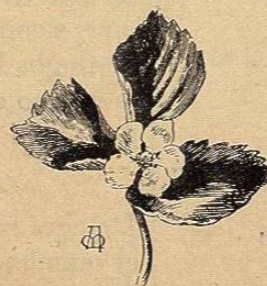
(Gustavo dando vueltas arremolinado por las máscaras, es echado á empujones de la escena en medio de una gritería general.)

CLARA, saliendo del salón

¡No es un loco!

¡Es san Juan predicando en el desierto!...

(Risa general.)



EL TROMPO Y LA MUÑECA

POEMA EN UN CANTO

Al niño Pedro Pidal y Bernaldo de Quirós.

I

Que no quiero te digo.
¿Cómo hoy al trompo ha de jugar contigo
el que ya de su edad perdió la cuenta?
¿Quieres que caiga en la pueril afrenta
de Catón el austero
que aprendía á bailar á los sesenta?
Te digo que no quiero, y que no quiero.

II

¡Salud, salud, memorias candorosas
de mi antigua inocencia!
¡Oh trompos! ¡Oh muñecas! ¡Grandes cosas!
¡Las más grandes tal vez de la existencia!
¡Oh memoria feliz de mi pasado!
¡Tu trompo, niño hermoso, me convida
á recordar, de pena traspasado,
los muchos seres que en la tierra he amado
y que sólo he de ver en la otra vida!

III

Pues, como iba diciendo,
guarda ese trompo, niño, porque entiendo
que lo que vale un trompo bien guardado
lo has de saber mañana,
después que haya pasado
el tiempo que echarás por la ventana.
Ya verás, ya verás bien claramente

que es sólo afortunado
el hombre que, inocente,
procura en lo pasado
encontrar la razón de lo presente.
Y, por si no lo crees, oye una historia
que, á más de cuarenta años de distancia,
aun trae á mi memoria
así como un recuerdo de mi infancia.
Tan sólo temo que, de juicio falto,
me oigas hablar sin atención alguna.
¿Que escucharás? Pues bien, ponte más alto:
súbete á mis rodillas: ¡á la una!...
¡á las dos!... ¡á las tres!... ¡á las!... ¡buen salto!
¡Estos niños son ángeles traviesos
que en vez de tener alas tienen huesos!
¡Ay! como tú, cuando iba yo á la escuela,
por subir al regazo que adoraba
de mi madre ó mi abuela,
no saltaba, volaba,
pues todo el mundo sabe
que la niñez, ligera como un ave,
cuando anda, salta, y cuando salta, vuela!

IV

Con que empiezo mi historia, y oye atento:
— Sin la sonrisa de sus buenos días,
Alicia, la heroína de mi cuento,
con la hiel de su propio pensamiento
se ocupa en amargar sus alegrías.

Y conforme es mayor su desconsuelo,
 más en la fe de su ilusión se aferra,
 pues ella es de esas almas que, en su vuelo,
 en vez de gravitar hacia la tierra,
 parece que gravitan hacia el cielo.
 Fué Alicia el pasmo de la villa toda
 cuando era yo muy joven todavía,
 y recuerdo que un día
 puso en Madrid las pálidas en moda.
 Mas ¡ay! tuvo un marido
 que, aunque no la olvidó, la echó en olvido.
 Casada de los pies á la cabeza,
 quiso á su esposo con ardor profundo,
 y pagó, como muchas, en el mundo
 horas de amor con siglos de tristeza.

V

De esta madre infeliz es el tesoro
 una niña pequeña,
 á cuya cara, por demás risueña,
 sirven de marco unos cabellos de oro.
 Cara infantil, trasunto de los cielos,
 donde lucir se ven tres maravillas,
 pues tiene, cual la tuya, tres hoyuelos,
 uno en la barba y dos en las mejillas.
 Mejillas ruborosas
 que hacen pensar con júbilo á la gente
 que, el que las tiene, come solamente,
 como la Venus de Schiavone, rosas.
 Y á riesgo de espantar doctos oídos,
 añado que Rebeca, sin disputa,
 aunque tiene siete años, no cumplidos,
 es, como un viejo cardenal, astuta.
 Calcula por los dedos de la mano;
 no hay fábula moral que ella no entienda;
 y hasta sabe que un niño, que es su hermano,
 se lo compró su madre en una tienda.
 Y contando además cuentos extraños
 con voz que es una música inefable
 (porque no hay sinfonía comparable
 al son de una alegría de siete años),
 disipa enternecida
 de su madre las penas.
 ¡Toda niña, al nacer, trae aprendida
 la canción que cantaban las sirenas!

VI

Cuando Alicia, la madre sin ventura,
 vió amontonarse sobre su alma pura
 engaños sobre engaños,
 se resignó á morir sin calentura,
 que es la muerte senil á los treinta años.
 Tendida sobre el lecho,
 al siniestro fulgor de una luz mate

que oscila en la pared y alumbra el techo,
 de Alicia el corazón con ansia late
 cual si fuera á saltársele del pecho.
 Teniendo en su cabeza de esqueleto
 una gorra de loca,
 y oyendo á un cura, que la exhorta inquieto,
 se sonríe la infiel con media boca,
 dudando entre la burla y el respeto.
 ¿No es verdad, niño hermoso,
 que el hecho escandaliza?
 No temas el ejemplo. Esto horroriza,
 y aquello que da horror no es peligroso.

VII

Ya he dicho en otra parte, y lo repito,
 que si no se halla el corazón contrito,
 toda la humana ciencia es cosa poca
 para templar el ansia de una boca
 abrasada con sed de lo infinito.
 Y así, como es tan vano,
 cuando no hay fe, todo consuelo humano,
 el corazón de Alicia, de ira lleno,
 como un puñal indiano
 empapó su mirada de veneno,
 y con un gesto frío de amargura,
 con ojos fijos y los labios mudos,
 despidió al pobre cura
 haciéndole el menor de los saludos.
 Y el sacerdote, el corazón sintiendo
 traspasado con flechas de ironía,
 de la alcoba saliendo,
 la frente señaló como diciendo:
 — Por allí no anda el juicio todavía. —
 Y Alicia, en tanto, con el cuerpo inerte,
 los ojos apartó de un Crucifijo,
 y, resignada á su implacable suerte,
 con más suspiros que palabras, dijo:
 — ¡Marchemos al encuentro de la muerte! —
 ¡Oh, Alicia sin ventura,
 á qué terrible estado
 la arrastró el ideal de su ternura!
 ¡Bien dice la Escritura
 que la muerte es la pena del pecado!

VIII

Mas ¡oh resurrección inesperada!...
 Pero, antes que de Alicia cuente nada,
 te diré que Rebeca
 heredó de su madre una muñeca,
 y que, haciendo con ella de persona,
 crece, piensa, compara y reflexiona;
 muñeca, en fin, para la cual cosía
 un traje cada día,
 y á quien da de comer un guiso nuevo

en unas tazas que la niña hacía
 de unos trozos de cáscara de huevo:
 ¡guisos y tazas ¡ay! que aun són mi encanto,
 pues me hacen recordar, bañado en llanto,
 ciertas tortas de pan, que ella amasaba,
 y que, feliz cual yo, me regalaba
 mi nodriza en los días de mi santo!
 ¿Por qué, por qué nunca echará en olvido
 memorias tan dichosas
 mi espíritu, ya medio sumergido
 en esa paz inmensa de las cosas?

IX

Mas ya el hilo perdí de nuestro cuento.
 ¿Estábamos?... Es cierto; en el momento
 en que, hablando de Alicia á la muñeca
 con su voz argentina,
 iba muy pronto á parecer Rebeca
 Cicerón flagelando á Catilina.
 Pues al morir la madre, tristemente
 habla la niña á su muñeca, enfrente
 de un espejo tan claro como extenso,
 que recuerda, por limpio y por lo inmenso,
 los tiempos fabulosos del Oriente:
 y merced á un reflejo
 de la pálida luz que da en Rebeca,
 le enseña á Alicia en ideal bosquejo
 la imagen de la niña y la muñeca
 el ángulo visual en el espejo;
 y como ya Rebeca comprendía
 si su madre creía ó no creía
 (pues las niñas curiosas
 tienen noticias ciertas,
 y aprenden muchas cosas
 cuando andan escuchando por las puertas),
 con labio purpurino,
 meciendo á su muñeca, le decía:
 — ¡Píde al cielo, hija mía,
 que Dios vuelva á mi madre al buen camino! —
 ¿Te burlas del candor de la inocente?
 Yo también, niño mío,
 viendo á Rebeca hablar tan seriamente,
 teniendo ganas de llorar, me río.

X

Mientras la niña, del espejo enfrente,
 esta infantil catilinaria dice,
 la madre, de reajo, dulcemente
 la mira, la acaricia y la bendice;
 y recordando en el momento mismo
 que vió algún día cual fulgente estrella,
 en el espejo aquél la niña aquélla

antes de ir á la pila del bautismo,
 recobrando el candor de la existencia,
 se enternece, suspira,
 y, admirada de ver tanta inocencia,
 manda un beso al espejo en que la mira;
 y las cosas más tiernas y sencillas
 de sus días primeros recordando,
 de aquel cuadro infantil saltan, volando,
 recuerdos, como alegres avecillas;
 y pensando en su madre, llora, y luego
 al calor de sus días de inocencia
 se ablanda poco á poco su conciencia
 cual cede el hierro de la fragua al fuego.
 Y, puesta sobre el lecho de rodillas,
 gritando con fervor — ¡perdón, Dios mío! —
 su frente se empapó de un sudor frío
 que resbaló después por sus mejillas.
 Y al ver que, ya sensible á sus deberes,
 Alicia mira al cielo,
 la niña, que, cual todas las mujeres,
 sabe á fondo la ciencia del consuelo,
 la abraza alborozada,
 y á su madre abrazada,
 Rebeca parecía
 un ángel que, radiante de alegría,
 presenta á Dios un alma extraviada.

XI

¡Lo que son los destinos!
 De Alicia, descreída y virtuosa,
 la muñeca fué el hada misteriosa
 que á sus pasos abrió santos caminos;
 pues por ella al final de su existencia,
 con la bondad del alma de una santa,
 juntando el buen humor á la inocencia,
 y uniendo lo que alegra á lo que encanta,
 volvió á beber las aguas cristalinas,
 de la inocencia de la edad primera,
 lo mismo que se van las golondrinas
 á buscar una nueva primavera;
 y satisfecha ya, fué Dios su guía;
 y ya inocente recobró la calma;
 que es la inocencia la salud del alma,
 y es la salud del cuerpo la alegría.
 Y, olvidando sus males,
 volvió á reconquistar desde aquel día
 la religión, la gracia y la energía,
 potencias invencibles é inmortales;
 y recordando con filial ternura
 los dioses lares de su hogar paterno,
 tornó Alicia á adorar con alma pura
 al Ser vivo, absoluto, uno y eterno,
 fe, esperanza, verdad, bien y hermosura.

XII

¿Has comprendido bien, Pedro adorado,
cuán útil puede ser á la conciencia
un trompo como el tuyo bien guardado?
¿No ves, por experiencia,
que un juguete infantil desenterrado
puede ser una ciencia
que enseñe á desandar lo mal andado,
y á recordar los días de inocencia
uniendo lo presente á lo pasado?
¡Ya ves cómo á toda alma descreída
del alto cielo la clemencia alcanza,
y que, en trompo ó muñeca convertida,
en todos los naufragios de la vida
echa el cielo el tablón de una esperanza!
¡Ya ves cómo un juguete que se deja
y que á encontrar se vuelve casualmente,
hace que Alicia vieja, y ya muy vieja,
torne á ser inocente;
y que, pensando ya cómo refleja
sus objetos el agua de la fuente,
con sus sentidos y potencias todas,
turbios los ojos y las manos secas,
toma el pretexto de ensayar las modas
para jugar, ya anciana, á las muñecas;
y al olvidar sus muchos desengaños,
aunque vieja, muy vieja,
viviendo se asemeja
á una niña, muy niña de cien años!
¡Saber envejecer! Esta es la ciencia
que yo con más ardor al cielo pido,
ahora que se extingue mi existencia
primero entre las brumas de la ausencia,
y después en la noche del olvido!
¡La fe en la ancianidad, son los favores
que pedirán al cielo tus dolores
cuando hayas aprendido
en tu vida precaria
que, á más de un receptáculo de horrores,
la tierra es una tumba solitaria,
sobre la cual derrama sus fulgores
el sol como una antorcha funeraria!

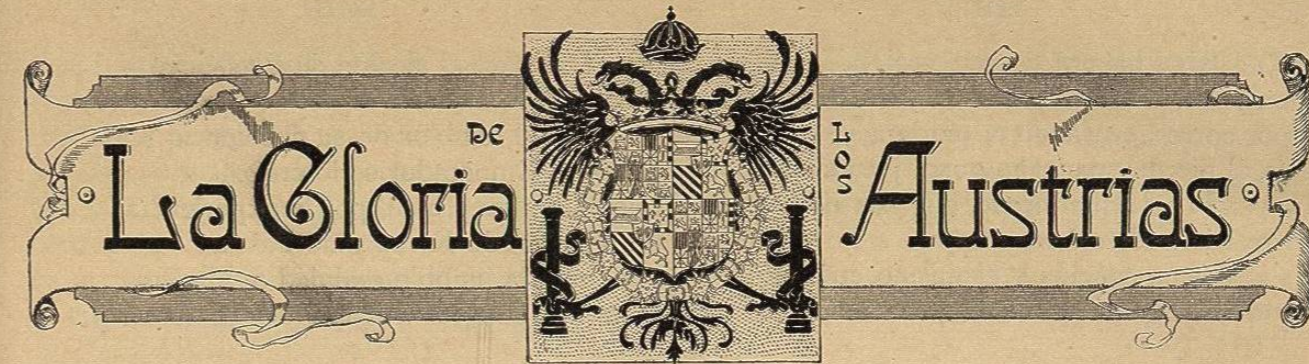
XIII

Pero ¡ay! olvida, olvida
este final tan lúgubre y sangriento,
que sé, por mi desgracia y mi escarmiento,
que es un gran mal el conocer la vida. —
Y pues llegó á su término mi cuento,
aunque es, por su fortuna,
poco menos que ocioso
aconsejar al que, cual tú, dichoso,
la ciencia y la virtud halló en su cuna,
oye un consejo y deja que te abrace:
sé leal á la gloria de tu nombre,
pues la mayor traición es ser el hombre
desertor de las filas en que nace.
No olvidando esta historia,
y guardando ese trompo y siendo bueno,
seguirás por la senda de la gloria
que te trazó con su inmortal memoria
tu ilustre abuelo de modestia lleno (1).
Aprende bien que *obliga la nobleza*,
y Dios te lo demande
si no imitas con ciencia y con firmeza
la rectitud, la gloria y la entereza
de aquel á quien su patria le hizo grande
y que fué superior á su grandeza.

XIV

¿Me juras que lo harás? ¡Pues adelante!
Toma un beso, y adiós, que estoy de prisa:
que dure eternamente en tu semblante
la bella obstinación de tu sonrisa.
Y, en prueba de lo mucho que te adoro,
ruego al cielo que, alegre y sin hastío,
no tengas que llorar, como yo lloro,
penas sin causa en horas de vacío;
y que las Parcas hilen, hijo mío,
el hilo de tu vida en husos de oro!

(1) D. Pedro José Pidal, primer marqués de Pidal.



A mi buen amigo el profundo filósofo DON URBANO GONZALEZ SERRANO

POEMA EN UN CANTO

I

¡Musa viril de la Epopeya, canto
aquella acción tristísima en que vino
á ser de niño el héroe de Lepanto
un hermoso juguete del destino!
¡Canto, Musa, al varón que siendo espanto
del turco, el holandés y el argelino,
en la historia aprendió de unas manzanas
la caridad y la virtud cristianas!

II

¡Canto también al héroe que de horrores
fué la Europa y el África llenando,
hasta que, harto de goces y de honores,
la tristeza de Tito halló en el mando;
al que la suerte, incierta en sus favores,
le hizo saber por fin, el tiempo andando,
cómo puede parar un campesino
al conductor del carro del destino!

III

¡Lector, lector! ¡Aprende en la aventura,
que siempre el que honra á un pobre sale hon-
rado, reflejos nada más de lo pasado!
¡Verás en esta rápida lectura,
por tu gran corazón iluminado,
que no siempre da dicha la victoria,
que es la virtud más grande que la gloria!

IV

Muy niño aún, descalzo y sin montera,
subió á robar manzanas á un manzano
Don Juan de Austria: era una alma aventurera,
y el mundo es un festín para el milano.

Se ignora de él en la comarca entera
que es hijo de su excelso soberano.
Pues ¿qué hace en Yuste? Es paje de Quijada.
Nada. Un poder desconocido, es nada.

V

El mismo Emperador con extrañeza
ve que, en cuanto á perales y manzanos,
los esquilma Don Juan con la destreza
que envidiaría un jugador de manos.
Lo ve, porque arrastrando su tristeza,
de incógnito por cumbres y por llanos,
vaga el Rey junto á Yuste sin objeto,
dejando ¡gloria á Dios! al mundo quieto.

VI

El hijo natural del padre agosto,
convirtiendo el manzano en su despensa,
comía las manzanas con un gusto
que denotaba una salud inmensa.
— «Siete veces al día peca el justo,» —
disculpando á Don Juan, Don Carlos piensa.
— «Siete veces... siguió en su pensamiento,
«menos justos cual yo que pecan ciento.» —

VII

Lo ve también el dueño del manzano,
y le arroja á Don Juan tales pedradas,
que hace correr hasta el lugar cercano
á un rebaño de cabras asustadas.
Al verlo, grita el Rey: — Basta, villano. —
¡Cómo! diréis, ¿en épocas pasadas
á un príncipe apedrea un campesino?
Así pasó. Cuestión: ¿qué es el destino?